EL SECRETO DE LA ESFINGE

DRAMA EN TRES ACTOS

Luis Parien

Y EN PROSA, ARREGLADO DEL FRANCÉS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

EL SECRETO DE LA ESFINGE

Cantar

El verdadero secreto
lo tiene Miguel Muñoz
para hacer todos los géneros
y siempre "un primer actor"

E. Lopez-Marin

Septe 28/904

EL SECRETO DE LA ESFINGE

DRAMA EN TRES ACTOS

Y EN PROSA, ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

LUIS PARIS Y E. LÓPEZ-MARÍN

Representado por primera vez en el TEATRO PRINCIPAL de Cádiz, la noche del 7 de Septiembre de 1904



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1904

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
BLANCA DE CHELLES.....	Srta.	Matilde Moreno.
BERTA DE SAVIGNY......		Mercedes Gómez.
GABRIELA..................		Francisca Nieves.
ENRIQUE SAVIGNY.......	Sr. D.	Francisco Morano.
EL GENERAL...............		Enrique Nieva.
LORD ASTLEY (*)..........		L. Ruiz-Tatay.
ULRICO.....................		Fernando Porredón.
ARTURO....................		Constante Viñas.
EDUARDO..................		Luis Florit.
UN CRIADO................		Luis Cernadas.
OTRO........................		N. N.

La escena en el campo y en los alrededores de París

ÉPOCA ACTUAL

Por derecha é izquierda, las del actor

(*) Pronúnciese «Lor Esley».

ACTO PRIMERO

Interior del castillo de la Chesnaye. Salón-estufa amueblado y decorado con gran lujo. Jarrones, palmeras, arbustos exóticos, bronces que sostienen candelabros encendidos. Gran canapé circular en el centro. Mesas con albums, «bibelottes,» etc. El salón abre al foro por tres arcadas sobre una terraza y sobre un parque. Entre las arcadas una parra con grandes racimos. A la izquierda, en segundo término, pequeña puerta que comunica con las habitaciones de Blanca. A la derecha, primer término, puerta ancha con cortinaje, precedida de dos escalones; conduce al interior del edificio. Anochece.

ESCENA PRIMERA

BLANCA y LORD ASTLEY del brazo. BERTA idem con el GENERAL. Detrás GABRIELA, ENRIQUE, ARTURO, EDUARDO y ULRICO. Todos por la derecha procesionalmente

GEN. (A Berta.) ¡Cuidado, Berta!... Hay dos escalones.

BERTA (Admirando el salón.) ¡Encantador!... ¡Precioso!... ¡Muy bonito!...

GEN. Sólo Blanca es quien se ocupa en su cuidado y arreglo.

BLAN. Sí; acabaré por adorar este país salvaje.

LORD (Habla sin acento inglés, pero con entonación marcadamente fría y reposada.) Si sucediera eso... viviríamos todos en él.

BLAN. (Riendo.) No, Milord; no llegará ese caso. (Se suelta del brazo, saluda con cierta coquetería y se separa.)

BERTA (A Blanca.) Con luz artificial me parece todavía más bello. ¡Ah!... ¡Esto es elegantísimo!... ¡Seductor!... En fin, Blanca, se te parece.

BLAN. (Besando á Berta.) ¡Siempre tan buena!

BERTA (A Enrique.) ¿No es verdad?... Resulta muy bien. Blanca tiene muy buen gusto.

ENR. (A media voz.) Alguna cualidad apreciable había de tener.

BERTA (Con tono de reproche.) ¡Enrique!...

BLAN. ¿Qué dice?...

BERTA Que tienes un gusto maravilloso.

BLAN. ¿A que no ha dicho eso?... ¿Ha sido galante alguna vez conmigo tu esposo?...

BERTA (Sonriendo.) ¡Sí!...

BLAN. No lo había sospechado hasta hoy... Cuando era ayudante de mi suegro, pasaba el día gruñendo... Me has hecho un favor inmenso casándote con él, porque al día siguiente presentó su dimisión, y descansé. (A Enrique, que se ha inclinado al oir esto, irónicamente.) Descansamos. ¿No es eso?... Estoy segura. ¡Ah! pero esto no impide que me haga usted el papel de galán joven en la comedia próxima.

ENR. Sí, señora; si me gusta.

BLAN. Le gustará, y lo hará usted muy bien.

ENR. ¡Gracias! (Con sequedad.)

BLAN. ¡Señores!... el café se sirve en la terraza, y como esta noche hay baile, prohibo á los caballeros fumar aquí. Voy á dar una vuelta con las señoras. Un paseo en barca. Después de comer, me parecen insoportables todos los hombres, y además, no sé por qué tengo deseos de remar un rato.

GEN. Pero, chiquilla, ¿remar ahora?... Has pasado el día á caballo; vas á pasar la noche bailando, ¿y en el intervalo quieres remar?... Acabarás por matarte, criatura.

BLAN. (Con mimo infantil.) ¡Dos vueltecitas nada más, papaito!...

GEN. ¡Mala cabeza!... (Besa á Blanca en la frente.)

BLAN. (Cogiendo un abrigo.) ¿Vamos?... ¿Vienes, Berta?... ¿Y tú, Gabriela?...

GAB. Pero... quisiera vestirme...

BLAN. Tenemos tiempo... Dejemos á estos señores que se despachen á su gusto, hablando mal de nosotras.

GAB. (Poniéndose un abrigo, ayudada por Blanca.) Por lo menos... sé de uno que no hablará mal de tí.

BLAN. ¿Quién es?... ¿Quién es? ..

GAB. Mi marido. Está enamorado de tí. ¿No lo sabes?...

BLAN. No; me es lo mismo.

GAB. Y á mí. (Risas. Las señoras salen por el foro izquierda. Ellos se dirigen por grupos á la terraza y Lord pasea, hablando con el General.)

ESCENA II

EL GENERAL y LORD ASTLEY

GEN. La posesión es hermosa, y además á dos horas de París, lo cual es muy cómodo. Yo no pensaba en ello... Fué un capricho de mi nuera. Supo Blanca que el castillo estaba en venta y se le antojó comprarlo. Blanca tenía sus razones. (Se sienta.) La posesión está á un tiro de fusil de la finca en donde pasa gran parte del año Enrique Savigny, mi antiguo ayudante, y como su mujer, Berta, es prima carnal y amiga de la infancia de mi hija política, he aquí el principal atractivo que tiene para Blanca esta posesión. ¡Oh!... Blanca y Berta se adoran como hermanas... Berta es una joven irreprochable, y la amiga más excelente que puede convenir á mi hija.

LORD ¡Sin duda!

GEN. Ya conoce usted, querido Milord, á esa familia. También usted es vecino...

LORD Muy próximo.

GEN. Vea usted, Milord, el panorama espléndido... (Se alejan, hablando, por el foro izquierda.)

ESCENA III

ARTURO y ENRIQUE, bajando al proscenio. El primero dirigiéndose á EDUARDO y ULRICO, que pasean por la terraza

ART. Se come muy bien en esta casa, ¿no es verdad?.. ¿Y cómo te va Enrique?... ¿Dónde te metes?... Hace un siglo que no te veo...

ENR. No te enternezcas, hijo mío; me va muy bien. ¿Y á tí?

ART. (Con tristeza.) ¿A mí?... Mal. ¡Sigo teniendo suegra!..

ENR. Hombre... es una buena señora.

ART. ¿Una buena señora?... Si tú quieres... sea. Pero del antiguo régimen; insoportable. Me sermonea, me vigila, se mete en todo, ¡me consume!... Si no tuviera más que mi mujer .. menos mal. (Se sienta.)

ENR. Y por esta santa casa, ¿qué ocurre?...

ART. Aquí todo es conmovedor. El buen General, cuando vino al campo, traía el propósito de descansar. El pobre ya no es joven, y desde que su hijo... ese mamarracho de Jorge, se volvió á los mares y se largó al Tonkin, sus funciones de suegro, le abruman. ¡Las toma tan en serio!... Al bosque; á las carreras; al baile... ¡al infierno!... ¡Siempre detrás de su nuera!... A pie ó á caballo; en coche ó en ferrocarril; en globo ó en bicicleta... Pues bien, mi tío vino al campo, proponiéndose descansar y diciéndole á todo el mundo: «Me voy á respirar un poco.» Se equivocó. Aquí tenemos cabalgatas de día... y de noche. Cacerías, comedias, bailoteos... Como en París. Y además... innumerables cuadrillas de enamorados que caen sobre nosotros de diez leguas en contorno, sin contar los que brotan á domicilio. Por un lado el ayudante. ¡Claro! Luego, el otro, Ulrico, esa especie... de pianista que lleva siempre detrás... Y... *etcétera.*

ENR. ¿El *etcétera* eres tú?...

ART. ¿Yo?... No, querido Enrique. Me seduce poco ese *sport*. Por otra parte... En fin, puedo contártelo, por desgracia, sin indiscreción. Verás; ayer—bien reciente,—después de comer, me pareció mucho más bonita que de costumbre... Blanca observó que yo la miraba más que de costumbre también... Deslicé en su oído algunas frases muy sentidas... que pareció entender demasiado bien... Y, por último, se separó de mí, levantando los ojos al cielo con cierta languidez y diciendo: «¡Qué hermoso estará el pantano á las once!...» ¿Qué hubieras entendido tú?

ENR. Que se me daba una cita.

ART. Y, ¿hubieras ido?...

ENR. No lo sé. (Pausa breve.)

ART. Pues bien... yo fuí. No tenia otro remedio. Hay cierta clase de obligaciones... Llegué á las once menos cuarto, á orillas del pantano y fijé mi amoroso observatorio entre unos árboles. Apenas habían transcurrido cinco minutos... cuando percibo el rumor de unos pasos. Y ¿á quién dirás que veo á la palida luz de la luna?...

ENR. ¿A quién?...

ART. A Eduardo, el ayudante, que á su vez, debió verme, puesto que también se ocultó. ¡Muy bien!... Algunos instantes más y... nuevo ruido de pasos misteriosos. Observo con cierta prudencia y . el pianista. Me olfatea y... otro que se esconde. Empezaba á contrariarme pensando en si habrían espiado nuestra conversación, cuando de pronto... siento cerca de mi el roce suavísimo de una falda que se acerca barriendo las hojas. ¡Todo lo olvidé!... ¡El corazón me saltaba en el pecho!... Me lanzo fuera del escondrijo y doy de frente... ¡con mi suegra!... (Movimiento de Enrique.) Espera, y detrás de ella ¡el General!...

ENR. ¡Tute!... ¿Y cómo saliste del lance? ..

ART. No salí. Dije... que me paseaba. Mi suegra dijo, que se paseaba también, y volvimos todos... paseando. (Ríe Enrique.) Mi suegra co-

gió un catarro. ¡Menos mal!... (Pausa.) Ahora bien... ¿Qué te parece todo esto?... ¿Qué piensas de una mujer que da, á la vez, tres citas?...

ENR. Que tenía cuatro y la cuarta más seria.

ART. Es posible .. Y nos enviaba al suegro para disipar toda sospecha, ganando su confianza. Es una mujer temible. Nos expuso á algo grave.

ENR. Sobre todo á tí. (Sonriendo.)

ART. ¡Oh! ya sabes que el General tiene un carácter violento, casi brutal. Recordarás que por sospechas mató á su primera mujer...

ENR. No la mató, precisamente.

ART. Porque no la acertó... ¡Que si no!...

ENR. (Interrumpiéndole porque ve entrar al General por el foro.) ¡Calla!... (Enrique se levanta. El General se detiene un momento, al lado de la terraza.)

ESCENA IV

DICHOS, el GENERAL, en seguida EDUARDO

GEN. (A Eduardo que se halla en la terraza.) Venga usted acá. (Se acerca Eduardo.) Quiero que se conozcan. El teniente (Presentándole.) Eduardo Durand, mi ayudante. (Cambio de saludos.) Tan excelente muchacho como tú, Enrique, buen oficial, estudioso, aplicado... aunque un poquito sentimental. (Dando una palmadita á Eduardo en el hombro.) En ese punto, Enrique era un modelo, aunque yo tenía ya hija política... (Con marcada intención.) ¿No es cierto?...

ENR. Sí, mi general.

GEN. (Mirando fijamente á Eduardo.) Para él no había preocupaciones peligrosas. (Idem á Arturo.) ¿Y tú, cómo estás?... ¿Te encuentras mejor que anoche en el parque?...

ART. (Con mucha turbación y sin saber que contestar.) Sí... las noches están muy frescas... y el frío... y el tiempo... tan...

GEN. Sí, sí, la estación avanza. Dígame usted, Enrique. (Cogiéndole del brazo y llevándosele por el

foro.) De aquel encargo... (Mutis Enrique y el General por la terraza izquierda. En este momento entra Ulrico.)

ESCENA V

ARTURO, EDUARDO y ULRICO, después LORD ASTLEY

ART. ¿Han oído ustedes lo que ha dicho el General?

EDUAR. La alusión no ha podido ser más transparente.

ART. ¡Con qué ojos me miraba!... En fin, de todos modos celebro mucho el haber servido á ustedes esta noche de cabeza de turco... A todos, incluso á usted, querido Ulrico, porque usted también formaba parte de aquella fiesta nocturna. Y á propósito. ¿Sigue pareciéndole á usted Blanca, tan ideal, tan perfecta?..

ULR. (Vaporosamente y con dulce sonrisa.) Siempre. No tomo en cuenta las adorables ligerezas de su juventud. Confieso que, cuanto hace y dice, me encanta... En ocasiones, me martirizan sus caprichos... pero amo ese martirio. ¿Es esto idolatría?... Pues idolatría. Eso.

EDUAR. Arturo, usted que la conoce hace mucho tiempo, díganos usted, ¿qué clase de mujer?...

ART. ¿Qué clase de mujer?...

EDUAR. Conozco su reputación, pero... ¿la merece, ó es sólo una chiquilla frívola, aturdida?...

ULR. ¡Frívola!... (Protestando.) ¡Una mujer melancólica, tierna, dulce, sensible, soñadora!...

ART. En *lá menor*. Para convertir á Blanca en soñadora... es preciso llamarse Ulrico. (Momentos antes, sale Lord Astley. Arturo le ve; Lord baja al proscenio donde están los anteriores, sonriendo friamente.) Y si no, veamos. Apelo al testimonio de usted, puesto que sabe de quién se trata. ¿Qué opina usted de ella? Usted es practico en el asunto.

LORD Triste privilegio de la edad, señores... Sin embargo, si me atreviese á dar á ustedes un

buen consejo... les invitaría á la renuncia formal de sus pretensiones al corazón de esa señora.

LOS TRES ¿Por qué?...

LORD Porque .. será inútil, no adelantarán ustedes nada.

ULR. ¡Ah! ¿Luego usted, como yo, cree firmemente en su virtud?...

LORD De ningún modo. Solo creo, que... no le ofrecen ustedes bastantes atractivos.

ART. ¡Milord!... (Sorprendido.)

EDUAR. ¡Caballero!...

ULR. ¡Por Dios!...

LORD Me explicaré. No soy de los que creen que haya *varios afortunados.* Más aun... los niego. Pero afirmo que se reserva. (Movimiento en los tres.) Puedo equivocarme. Toda mujer es un enigma y acaso ésta más que otra, tiene derecho á adoptar la esfinge por símbolo... Blanca, á mis ojos, es una de esas mujeres, interesante producto de nuestra civilización, que, á causa tal vez de una educación enfadosa, están fatigadas sin haber vivido, y para quienes el fruto prohibido, aun antes de haberlo gustado, ya no tiene encantos, á menos de que no se le estimule con algún condimento extraordinariamente sabroso... Para que olviden estos seres su delicadeza, su orgullo, no basta un amor de salón— cualquiera que sea el aspecto gentil conque se le encaperuce, — es preciso un amor arriesgado, singular... La tentación de los grandes sacrificios ó de las grandes perfidias... Una perspectiva, en fin, que deje entrever... ¿qué sé yo?... lo desconocido, la aventura, el drama, el peligro, la muerte. Pues bien, señores, en serio... ¿están ustedes dispuestos á ofrecerle todo eso? (Pausa breve.)

ART. ¿Y usted, Milord?

LORD Ahora mismo. (Saluda ligeramente y hace mutis por el foro izquierda.)

ESCENA VI

EDUARDO, ARTURO y ULRICO

ART. ¡Buen aplomo!
EDUAR. ¡Vaya un caballero!
ART. Confesemos, señores, que con sus tres millones de renta... tiene derecho á todo y ahora me explico á lo que ha venido aquí.
EDUAR. Por lo menos juega á cartas vistas.
ULR. Es un impertinente.
ART. Amigo mio, vaya usted á decírselo en persona y encontrará con quien hablar. Se lo aseguro.
EDUAR. ¿Vive en París?
ART. Hace años. Con su aspecto tranquilo es un vividor infernal, hombre de mundo y gran señor. Parece ser que en Escocia, su patria, posee un verdadero reino. Bosques inmensos, montañas verdes, lagos azules... ¡qué sé yo! ¿No han visto ustedes sus caballerizas en París?... Despiertan el apetito.

ESCENA VII

DICHOS, GABRIELA, BERTA y ENRIQUE, por el foro izquierda

GAB. (Tiritando de frío.) ¿Dónde está mi marido?
ART. ¡Presente! ¿Han desembarcado ustedes ya?...
BERTA Sí, señor, y venimos heladas.
ART. ¿Y Blanca?
GAB. Se queda paseando con Lord Astley; mientras tanto voy á vestirme. ¿Vienes, Berta?
ENR. (A Berta en voz baja.) Tengo que hablarte.
GAB. ¿No vienes?
BERTA Todavía no. Aguardo á Blanca.
GAB. Pues hasta luego.
ART. ¿Y nosotros?
EDUAR. Vámonos también. (Mutis de todos menos Berta y Enrique.)

ESCENA VIII

BERTA y ENRIQUE

BERTA — Ya estamos solos.

ENR. — Tengo que decirte algo... que me cuesta mucho trabajo.

BERTA — ¿Qué?

ENR. — Oyeme: Cuando hace algunos días llegamos aquí y hallamos á tu prima instalada en su finca, pudiste notar que su encuentro no me produjo gran entusiasmo. En París podía conseguir que tus relaciones con Blanca se mantuviesen dentro de ciertos límites, pero en el campo, he pensado en las dificultades que puede acarrear vecindad tan próxima, tan diario contacto... Confiaba en que tu prima habría modificado su modo de ser, pero es evidente que está peor que nunca... Te conozco demasiado, querida mía, para comprender que el ejemplo no tiene peligros para tí, pero no conviene que te asocies á ella en la vida y en la opinión. En menos palabras... corto por lo sano. Y en vez de pasar aquí parte del otoño, tomando por pretexto tu salud... nos vamos á Niza. Así, pues, te lo ruego... comunícale á tu prima esta decisión.

BERTA — Enrique... Me parece demasiado fuerte...

ENR. — ¡Te lo suplico!

BERTA — Ten en cuenta lo satisfecho que está mi tío viéndonos juntas. Hace un instante, me rogaba afectuoso que prodigase á Blanca mis consejos. Sabes cuán severo es, pero apesar de todo... ¡la quiero tanto!

ENR. — El general está seducido como todo el mundo, pero si algún día se da cuenta exacta de lo que ocurre... ¡ay de ella!... acabaría mal.

BERTA — Eres injusto, te lo aseguro. La conozco bien; siempre fué extravagante y caprichosa... pero en el fondo, tiene un hermoso corazón, arranques generosos...

ENR. Las últimas mujeres son las mas generosas...

BERTA En verdad, Enrique, que no comprendo por qué juzgas con tanta dureza, con tanta cólera á una pobre niña...

ENR. (Con cierta amargura.) ¡Una niña!... No. Escucha... Ha sido y es todavía tu hermana del alma. Haces bien en tener para ella caridad en el corazón y en los labios, aunque á tus solas la juzgues con tanta severidad como yo. Es un tipo detestable; el tipo de una de esas mujeres alocadas que solo tienen un objeto, un pensamiento, una ilusión en la vida... El placer, bajo su forma mas frívola ó mas culpable. La palabra deber, no significa nada para ellas... Sentimiento moral, conveniencias, reputación, cuanto es digno de respeto, le sirve de mofa... Pertenezco al mundo, no soy ningún salvaje; la sociedad me brinda placeres que realzan, que embellecen la vida... Amo el lujo, las fiestas, las artes... Pero, esa clase de mujeres no se mezclan en nuestras fiestas, mas que para desacreditarlas, llevando consigo su turbulencia ridícula, sus familiaridades equívocas, su escandalosa elegancia y por eso las mujeres honradas como tú, deben huir de ellas, so pena de hacerse sospechosas, puesto que son calumnia viva contra el mundo á que pertenecen, contra el mundo de nuestras esposas y de nuestras madres. (Rumor dentro.) Vé pues á prevenirla.

BLAN. (Dentro.) ¿Dónde está Berta?

BERTA (Saliendo al encuentro.) Aquí estoy.

ESCENA IX

DICHOS, BLANCA, LORD ASTLEY, ARTURO, EDUARDO y ULRICO por el foro

BLAN. (A Berta.) Traigo las manos destrozadas á fuerza de remar. (Mostrándolas á Enrique.) Mire usted. (Blanca toma asiento en un sofá, derecha, y

va pidiendo á todos, menos á Enrique, uno por uno, cada uno de los objetos que indica el diálogo.) Mi abanico. ¿Dónde está mi abanico?... Mi pañuelo, mis guantes; tengo sed. Arturo, tengo sed; deme usted un racimo de uvas.

ART. Al instante. (Dirigiéndose al emparrado de la terraza, del cual corta un racimo escogido que luego trae á Blanca.)

BLAN. ¿Quieres uvas, Berta?

BERTA No, gracias.

BLAN. Siéntate. (Berta lo hace.) ¿Y usted?... (Ve que Enrique se sienta lejos.) Enrique, ¿está usted haciendo penitencia?

ENR. Sí, señora.

BLAN. ¡Encantador caballero!

ART. Las uvas. (Se las da.)

BLAN. (Al tomarlas, le da un golpecito en la cara con el abanico.) ¡Gracias, querubín! (Todos menos Enrique, rodean á Blanca que pica en el racimo poco á poco.) Vá á ser divertido el baile de esta noche. Nos vamos á reir en grande. ¡Hay cada tipo invitado!...—¡Ay! cómo me duele este dedo.

BERTA ¿Qué tienes?

BLAN. Mi sortija, mi esfinge, al remar, se me ha incrustado en la carne y me hace un daño...

ULR. La misteriosa sortija del veneno feudal.

ART. ¡Bah! ¡Un veneno de lance!

BLAN. Está usted equivocado, Arturo. ¿Quiere usted probar un poco?... Eduardo, un terrón de azúcar para este caballero.

EDUAR. Voy al momento.

ART. (Deteniendo á Eduardo.) No se moleste usted, muchas gracias. No tomo nada entre horas.

BLAN. (Riendo.) Tranquilícese usted, hombre, tranquilícese usted. No le quiero á usted tan mal. Además, no es un veneno líquido.

ULR. ¿Polvoriento acaso?...

BLAN. Sí. Sí, señor; son unos polvitos rojos... ¿Ulrico, querrá usted tocar esta noche dos ó tres valses?

ULR. Ya sabe usted, Blanca, que sus menores deseos, son para mí mandatos imperiosos.

BLAN. ¡Oh!... Eso no se dice; eso se canta. ¿Dónde ha dejado usted la lira?... (Risas.) Cada uno de ustedes tiene un género. Usted... el trovador gentil. Eduardo, sincero sin esperanzas. Arturo, mal género Lord Astley, no clasificado aún, desconocido. Ya no quiero mas uvas. ¿Quién las quiere? (Las tira al aire, Arturo, Ulrico y Eduardo corren á cogerlas. Blanca, ríe y palmotea.) ¡Bravo!... Milord, ¿usted no toma parte en el torneo?... En cuanto á Enrique, ya sé que su dignidad le impide moverse. (A Berta en voz baja.) ¿No tenías algo que decirme?... (Afirmación de Berta.) Eduardo, vea usted si está listo el *bufett*. Ulrico, á inspeccionar la orquesta. Milord... ¡el primer vals. (Saludan y salen todos por el foro.)

ESCENA X

BLANCA y BERTA

BLAN. Vamos á ver, ¿qué quieres?

BERTA (Se sienta á su lado en el sofá y la coge las manos con cariño.) ¡Blanca!... ¿Por qué no varías?...

BLAN. (Súbitamente, grave y sombría.) ¿De qué? ¡Ah!... si fuese de otro modo sería peor. En fin... ¿De qué tienes que reprocharme?...

BERTA ¿Yo?... Permíteme que sea franca. Debo reprocharte de tu aturdimiento... de tu ligereza, que puede ser mal interpretada... que lo es ya...

BLAN. No por tí... ¿es cierto? No ambiciono más. Solo á tí amo y á tí estimo; solo me importan tu amor y tu estimación. ¿Qué hay de culpable en mi conducta? Voy al teatro, á los bailes, á las carreras... no estoy quieta nunca, es cierto. ¿Y qué?... En cuanto á los amorcillos que revolotean á mi alrededor... ten la seguridad que me dejan tan impasible como el mármol. Y ¿sabes por qué?

BERTA En primer término... porque amas á tu marido.

BLAN. (Mirándola fijamente y con tono irónico.) ¿Quieres reir? La culpa es suya. Pero... No hablemos más de eso... Si, á pesar de todo, mi conducta es intachable, es porque tengo demasiada alteza de miras para que lleguen hasta mí los sentimientos vulgares que me abruman. Me divierto, lo confieso, y uno de mis grandes placeres, es ver como el corazón de los hombres, tan vanos, tan altaneros... se arrastra hasta el suelo... por una mirada de mis ojos, por una sonrisa de mis labios... ¡Dios mío, Dios mío!... La fe... el honor, los juramentos, la amistad... ¿soplas?... (Ademán.) Ya no hay nada. ¡Muy divertido!...

BERTA ¡Blanca!... (Reconviniéndola dulcemente.)

BLAN. Y, sin embargo, en medio de mis distracciones tengo momentos crueles, me siento fatigada y me acometen deseos... de pedirle á mi esfinge su secreto...

BERTA ¿Estás loca?... ¿A qué viene esa idea romántica de mal gusto?... ¡Una sortija con veneno?... Eso no es serio.

BLAN. (Muy seria.) Según dicen es un veneno terrible.

BERTA Y ¿para qué lo tienes?.. ¿Quién te lo ha dado?

BLAN. Un sabio; un sabio ilustre, famoso, hombre grave y austero... pero, al fin y al cabo, hombre.

BERTA Escucha, Blanca, no debo ocultarte lo que tu lenguaje me apena. Tus palabras, traspasan los límites del aturdimiento, y por ese camino, mi amistad no puede seguirte.

BLAN. (Levantándose y con brusquedad.) Eres libre... (Medio mutis. Duda y vuelve á Berta rápidamente.) ¡No me abandones, Berta! ¡Soy muy desgraciada!... Nada valgo, pero si me abandonases valdría menos... Haré cuanto quieras, imitaré tu ejemplo, y puesto que el cielo no me ha concedido un hijo, amaré al tuyo como si fuera mío... ¿Quieres?... ¿Dímelo?...

BERTA (Conmovida y turbada.) ¡Pobrecita mía!... Bien quisiera, Blanca, pero hemos de aplazar nuestros proyectos, porque... no he tenido valor para decírtelo, pero... los médicos me

aconsejan un viaje... á Niza, y debo partir

BLAN. (Sorprendida é irguiéndose bruscamente.) ¿Partir?... ¿Te vas cuando yo vengo?... Tú no has pensado eso; es tu marido.

BERTA Te aseguro...

BLAN. ¡Oh!... No trates de mentir, no sabes. Es tu marido .. Pero, ¡Dios mío!... ¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué me persigue?... Quiero hablarle. Déjame pedirle explicaciones. Ahí está, en la terraza. Llámale.

BERTA (Yendo hacia el foro.) ¡Enrique!... Blanca, quiere hablarte. Ven. (Entra Enrique. Berta le habla á parte.) Me da mucha pena... Sé bueno con ella. (Mutis de Berta por el foro izquierda. Pausa breve. Blanca se serena.)

ESCENA XI

BLANCA y ENRIQUE. Después el GENERAL

ENR. (Ceremonioso.) Señora...

BLAN. Desde la primera vez que nos encontramos en el mundo ha sido usted mi enemigo. Apenas nos conocimos. . mi persona, mis palabras, mi conducta... fueron objeto de su malevolencia mal disimulada, de sus censuras, de sus sarcasmos. Me he vengado... casándole á usted con una mujer encantadora y excelente, con mi mejor, mi única amiga, y ante tan generoso proceder redobló usted sus hostilidades. Todo lo he sufrido con paciencia, pero hoy, en este momento, pretende usted romper los lazos del único cariño que me queda, el de Berta. Esto ya es demasiado; me sublevo y me defiendo. ¿Qué le he hecho yo á usted?... ¿Cuál es la causa de su implacable odio?... Quiero saberlo.

ENR. Me somete usted, señora, á una prueba penosísima. Interrogado de ese modo, no quisiera faltar ni á la franqueza ni al respeto.

BLAN. ¿El respeto de usted?... Ya he aprendido á prescindir de él. Sea usted franco.

ENR. Pues bien, señora, exceptuando el odio, que no existe... todo lo demás... es cierto. No apruebo la manera que tiene usted de comprender la vida y me desespera la idea de que mi mujer la comprendiese como usted. Eso es todo.

BLAN. Pero... ¿Por qué clase de mujer me toma usted?

ENR. Estoy persuadido de que las apariencias engañan; mas... para las mujeres, sobre todo, el bien parecer forma parte de la honradez.

BLAN. Es usted un moralista severo. Quiero creer que tenga usted derecho para serlo, que jamás ningún desfallecimiento perturbó tan rígida virtud...

ENR. Eso no sería una razón, señora... Se hace lo que se puede; se juzga como se debe... No soy tan severo como usted supone, y si yo rindo á la mujer que lo merece por sus virtudes homenaje de profundo respeto... no niego, por sistema, á las otras... mi indulgencia, mis simpatías... ni aun mi estimación, si al desertar del deber, no ceden al brillo de los placeres de la coquetería, sino, por lo menos, á una de esas pasiones por las que una mujer vive y muere.

BLAN. (Emocionada.) ¿Entonces?...

ENR. ¡Perdón, señora!... (Sorprendido.)

BLAN. ¿Quién le dice á usted que no hay dentro de mi corazón una de esas pasiones?...

ENR. (Sonríe.) ¡Perdone usted mi sonrisa!...

BLAN. ¿Si por ese título tuviera derecho para reclamar sus simpatías, su estimación—usted lo ha dicho—si en realidad sufriese uno de esos dolores profundos, mortales... si las locuras que cometo sólo fuesen esfuerzo cruel para escapar de esta obsesión, para aturdirme... (Avanzando hacia él.) si le convenciese á usted... si se lo probara?...

ENR. ¡Señora!...

BLAN. Espere usted... (Se dirige á un secreter en la derecha, y saca de un cajoncito un rollo pequeño de papeles, tamaño de cartas.)

ENR. (¿Qué significa esto?...)

BLAN. (Con los papeles en la mano.) Aunque sea más lógico tomar á un amigo por confidente... yo me dirijo á un enemigo, porque le creo leal é incapaz de abusar del secreto de una mujer. He aquí un paquete de cartas, que jamás han sido leídas... que jamás deben llegar á su destino.. Cuando este corazón, que usted juzga tan vacío, tan frívolo, no podía contener los sentimientos que le oprimían, dejábalos esparcirse en estas cartas. Las confío á usted para... que me haga justicia. (Pausa breve.)

ENR. (Vacila.) Permítame usted, señora, que rehuse respetuosamente esa confianza.

BLAN. ¿No quiere usted leerlas?... (En este momento aparece el General por la segunda izquierda, saliendo á escena de espaidas y como hablando con alguien que se halla dentro. Blanca tira las cartas sobre el canapé central.) Sea... Las leerá el General.

ENR. ¡Se juega usted la vida!...

BLAN. (Fríamante.) ¡Ya lo sé!...

GEN. (Bajando.) ¿Aun no te has vestido?... ¿En qué piensas, niña?...

BLAN. Estaba hablando con Enrique de la comedia que preparamos...

GEN. Hay tiempo. ¿Qué son estos papeles?... (Los del canapé. Los coge. Inquietud en Enrique, que lanza una mirada de reconvención á Blanca. Esta permanece impasible.)

ENR. ¿Esos?... Mi papel. Blanca ha tenido la bondad de copiarlo por sí misma...

GEN. ¡Oh!... ¡Buen copista!... (Se los entrega á Enrique.) ¡Vaya... niña, á vestirse, á vestirse, que es muy tarde!

BLAN. No se incomode usted... ¡Vamos!... (Saluda á Enrique con una inclinación de cabeza muy ceremoniosa, toma el brazo al General y ambos salen por la primera derecha. Enrique contesta al saludo. Los ve marchar inmóvil y con aire de penosa contemplación. Mira las cartas que tiene en la mano. Después se sienta. Pausa. Pasa una mano por la frente. Suelta la cintita que sujeta el rollo, abre una carta y empieza á leer.)

ACTO SEGUNDO

«Boudoir» elegantísimo de Blanca.—Al foro, puerta grande cubierta con anchos y pesados cortinajes, que da acceso á una terraza iluminada por la luna.—En la izquierda, dos puertas.—Derecha primer término puerta. Las tres con magníficos cortinajes.—Segundo término derecha, ventana practicable de cristales de colores.—Entre las dos laterales izquierdas, piano; sobre el cual hay colocados atriles con retratos, «bibelottes, etc., etc.—Velador en el centro con tapete y objetos de arte.—Derecha, elegante sofá, sillas volante, etc., etc.—Izquierda, un confidente.—Dentro, bastante lejos, se oirá una orquesta á intérvalos y cuando lo indica el diálogo.—La puerta grande de cristales que hay en el foro detrás del cortinaje, debe aparecer entreabierta.

ESCENA PRIMERA

BLANCA y LORD ASTLEY del brazo, entran por la segunda izquierda

BLAN. ¿En serio, milord?... No lo entiendo

LORD Me explicaré.

BLAN. Sin embargo... (Se suelta del brazo y se acerca á la primera izquierda.) Gracias, milord. (Al soltarse. Ahora como hablando con un criado.) Esta sala queda reservada para los amigos íntimos. (Vuelve al centro.) Por lo menos tendremos un rinconcito donde charlar un rato. ¿No es así?... (Lord, se inclina y sale por la primera izquierda.)

ESCENA II

BLANCA y BERTA que al mutis de Lord. entra por la segunda izqnierda

BLAN. No dirás que no cumplo mis deberes de cortesía general. Acabo de bailar con todo el Ayuntamiento. Y á propósito... ¿qué es de tu marido?... No le veo hace una hora.

BERTA (Fría y reservada.) Tiene jaqueca. Está paseando por el jardín.

BLAN. ¿Tan tarde?... Van á dar las doce. ¿Qué te ha dicho de nuestra conversación?... ¿Está convencido?... ¿Os vais?...

BERTA Apenas ha contestado á mis preguntas. Nada sé. Tú me dirás lo que ha pasado.

BLAN. Nada extraordinario ni definitivo. He intentado demostrarle sus injusticias... pero nos interrumpió mi suegro y no sé á que atenerme... Míralos; ahí están. (El General y Enrique, por la puerta del foro.)

ESCENA III

DICHAS, EL GENERAL y ENRIQUE

GEN. ¡Aquí traigo al desertor!... ¡Un militar que no baila! ¡Habrase visto!... He tenido que bajar al jardín á buscarle. Eso no tiene precedente.

BERTA ¿Estás mejor?

ENR. Mejor; gracias. (Blanca ha tomado asiento en el sofá derecha. Enrique va hacia ella, el General y Berta quedan hablando en la izquierda; esta, sentada en el confidente y aquel en pié á su lado.)

GEN. (A Berta.) ¿Y tú, no bailas?

BERTA Descanso hasta el cotillón.

ENR. (A Blanca con forzada suavidad.) Me ví obligado á recoger esas cartas pero no debo leerlas. ¿Cuándo se las devuelvo á usted?

BLAN. ¿Desde cuándo un hombre galante rehusa

las confidencias de una mujer que reclama sus consejos?

ENR. Perdóneme usted, señora, pero me parecen muy delicadas semejantes confianzas... De usted á mí...

BLAN. De usted á mí ¿qué?... ¿Acaso se ha figurado usted?... (Riendo.) Vamos á ver... ¿á quién ha creído usted que van dirigidas esas cartas?...

ENR. A nadie. Estoy convencido de que se trata de una novela cuyo nombre está en blanco, pero...

BLAN. ¿Es necesario, por mi honor y para tranquilidad de usted, que pronuncie ese nombre?... Creo que sí, porque empiezo á entrever la idea fantástica que á usted se le ha ocurrido y si así fuese... ¿En quién fiar, Dios mío?... (Ríe escondiendo la cara detrás del abanico) ¡Ay, Enrique!... ¿Usted?...

ENR. (Turbadísimo.) Señora... se engaña usted... Unicamente mi discreción...

BLAN. No, no, no... Me molesta abusar de usted demasiado... pero no puedo quedar sujeta á tan extraña sospecha... (Vals dentro.) Cuando acabe este vals, espéreme usted en la terraza. Es preciso. Lo sabrá usted todo. (Se levanta riendo á carcajadas.) ¡El brazo!... (Al General.—Este se levanta y se lo ofrece.) Tenías razón, Berta; algunas veces, es muy gracioso tu marido. (Mutis Blanca y el General por la segunda izquierda.)

ESCENA IV

ENRIQUE y BERTA

BERTA (Con forzada sonrisa.) ¿No os entendeis, verdad? Te cuesta trabajo... Dime, ¿qué papeles son esos que Blanca tiene tanto interés en que leas?...

ENR. Nada... unas cartas...

BERTA ¿Cartas?...

ENR. Sí. Relativas á nuestro matrimonio... Quería probarme el interés que, para conseguir-

lo, había tenido personalmente, y por lo tanto nuestra ingratitud...

BERTA ¿Y le has prometido que nos quedamos?

ENR. Todavía no...

BERTA ¿Teneis que hablar más?... Después del vals... ¿No es eso? Me pareció oir...

ENR. (De pronto.) ¿Estás celosa?

BERTA Celosa de Blanca, ¿por qué?

ENR. No me faltaba más. Solo por complacerte he entrado en esta serie de explicaciones ridículas... y...

BERTA Es cierto... Te doy las gracias.

ENR. Tanto mejor. (Conteniéndose.) ¿Podré acudir á esa cita, eh? Ya sabes que tiene la monomanía de las citas. (Cesa la orquesta.)

BERTA Sí, sí... Precisamente ahora acaba el vals. (Enrique se acerca hacia el foro. Berta, creyéndose sola, se enjuga una lágrima.) ¡Es horrible!... Estoy loca! ¡Dios mío!... (Enrique la ve llorar y vuelve rápidamente hacia ella.)

ENR. ¿Lloras?...

BERTA (Después de un débil grito de sorpresa.) No, no... perdóname, Enrique... No sé lo que tengo... Estoy fatigada .. nerviosa ..

ENR. Tienes celos.

BERTA (Confesando con cierta dulzura amante.) Pues bien, sí. Prefiero ser franca. ¡Jamás se me hubiera ocurrido... pero esta noche, no sé por qué, vuestra actitud... vuestros misterios... esas cartas... todo me ha parecido tan extraño!... Pero estoy avergonzada y te pido perdón. Vé, Enrique mío, vé...

ENR. No; no iré, porque no quiero, ¿lo oyes bien? porque no quiero que estés celosa. (Se sientan en el sofá, derecha, Enrique toma una mano á Berta con ternura. En este momento Blanca aparece por la terraza, tras de la puerta de cristales, contempla el grupo que forman los anteriores, dentro ya de la sala. Después de algunos instantes se dirige á la primera izquierda y queda oculta tras el cortinaje.) Comprendo lo que debe pasar en el corazón de una criatura como tú cuando los celos y la desconfianza torturan su espiritu En esos momentos, vosotras, que ante todo quereis

ser amadas, debeis preguntar con amargura á vuestra propia conciencia si la coquetería y los vicios de las otras son atractivos más poderosos que vuestras dulces virtudes; si para ser amadas por completo, habeis errado el camino... ¿No es esto?... Pues bien, ¡no!... No; estás equivocada. Te amo. Solo las mujeres honradas consiguen lo que merecen, el nombre de amor, de verdadera ternura, de pasión sincera, eterna. He ahí lo que no debes olvidar nunca, lo que no quiero que dudes jamás. ¿Me oyes?...

BERTA (Llorando de alegría.) No, jamás.

ENR. ¡Jamás! ¿Comprendes ahora lo oportuno de nuestro proyectado viaje?... No desconfío de tu prima, pero es preciso evitar lo imprevisto. Ten valor y díselo de una vez. Debemos irnos.

BERTA (Convencida.) Lo que tú quieras.

ENR. Pues bien, vé á buscarla y échame toda la culpa. (Mutis segunda izquierda Enrique.)

ESCENA V

BERTA y BLANCA

BERTA Acaso hagamos mal en abandonarla... (Al ir á salir por la primera izquierda, ve á Blanca que sale por la misma.) ¿Estabas ahí?...

BLAN. (Altanera.) Acabo de llegar, pero he oído lo bastante. ¿Estás celosa?

BERTA Lo estuve un momento. Perdóname.

BLAN. Lo estás aún. Ya no me quieres .. Te creía buena, compasiva conmigo...

BERTA Es cierto, soy buena, pero si se me ataca á lo que yo más quiero en el mundo... á mi marido ó á mi hijo... me volvería tan fiera como tú. Te lo aseguro. Pero esto ya pasó, perdóname. Estuve loca.

BLAN. ¿Estás celosa?... Escoges mal el momento. Vas á saber lo equivocada que estás. Tu marido, cuyos consejos he solicitado, rechaza

mi confianza; es más justo, en efecto, que tú la recibas. (Aparece Ulrico por la segunda izquierda. Blanca hace un gesto de impaciencia.)

ESCENA VI

DICHAS y ULRICO

ULR. Buscaba á usted, señora. (Blanca muy contrariada le sonríe forzadamente.) ¿Quiere usted concederme la primera mazurka?

BLAN. (Sin poderse dominar.) No. (Transición.) Sí. ¿Ha visto usted á Lord Astley? (Afirmación de Ulrico.) Envíemelo usted en seguida. (Ulrico saluda cortesmente y sale precipitadamente por la segunda izquierda. Blanca le ve marchar.)

ESCENA VII

BLAANCA, BERTA, á poco LORD ASTLEY, por la segunda izquierda

BLAN. (Conduciendo á Berta á la primera derecha) Ven, ven conmigo. Escóndete ahí y escucha...

BERTA (Resistiendo.) ¿Qué es esto?... ¿Qué quieres hacer?...

BLAN. Podrías dudar de mis palabras y quiero que te convenzas. ¡Es preciso! ¡lo quiero! ¡lo suplico!... (La conduce casi á la fuerza á la primera derecha. Berta suplica con el gesto y la mirada y entra. Blanca vuelve en el momento que aparece Lord Astley por la segunda izquierda. Blanca, al verle, saluda y juega con el abanico.) ¿Sabe usted lo que le espera?... (Sonriendo.)

LORD Quisiera que fuese lo que imploro.

BLAN. Milord, se atribuyen á usted grandes méritos; valor probado... lealtad caballeresca... una porción de cosas. Pero... ¿está usted seguro de tener completa la razón?... (Sonríe.)

LORD (Con gracia cortesana.) No.

BLAN. Lo sé; por culpa mía. (Breve pausa.) Desde hace un año, si no me equivoco, ha tenido usted la bondad de honrarme con sus aten-

ciones. Dejaría de ser mujer si esto no me agradase, pero las he acogido como debía... Acaso por huir de ellas he venido al campo... Y aquí está usted... Semejante testimonio de constancia para usted, de obstinación para mí, ha llegado al colmo. ¿Qué piensa usted hacer? .. ¿Recurrir á algo extraordinario?... ¿Llegar al heroismo?... Para fascinar una imaginación, que usted supone poética, me ofrece usted en perspectiva... ¿el qué?... ¿Sin duda Italia?... ¿El Oriente y sus encantos?... No. Usted posee entre las neblinas de Escocia, en medio de las montañas y de los bosques umbrosos, yo no sé qué ruinas del tiempo de *Lucía de Lamermoor*, y allí, á esa caverna del Norte, quiere usted llevar... no sé cómo decirlo, su presa ó su conquista. Pues bien, amigo mío, todo eso es demasiado original, demasiado poético para mí, y... con franqueza, esa broma me ofende.

LORD Señora... ¿de qué suerte puede ofender á usted un hombre que no pide nada, que espera poco y que se entrega entero?... Sin duda, usted no acierta á comprender el sacrificio que me atrevo á ofrecerle. He visto, he creído ver, que en medio de los homenajes que la rodean, del brillante torbellino en que se agita, experimenta usted no sé qué laxitud precoz de la vida... Y he soñado en ofrecerla un retiro lejos de las banalidades de este mundo fatigoso, en ese pequeño reino de novela que me pertenece, en esa caverna, como usted dice, que tanto se parece á un palacio, indigno, sin embargo, de tal soberana... Sí... He soñado con ver á usted allí, feliz como en su verdadera patria, hada encantadora, extraña y cruel, como la de las graciosas fantasías de nuestras leyendas. Allí reinaría usted sola, porque yo no turbaría jamás su reposo con mi presencia, sin ser llamado. Mi único privilegio sería el de velar á su alrededor, protegiéndola contra todos, aun á costa de mi

vida, para conseguir la tranquilidad de la de usted...

BLAN. (Sonriendo.) Es cierto. Olvidaba citar, entre las seducciones que usted me ofrece, el atractivo de peligros ciertos, catástrofes probables y nuestro fin trágico...

LORD Ni usted ni yo tenemos miedo.

BLAN. (Irónica.) ¡Quién lo duda!... Pero, veamos, Milord, ¿qué piensa usted?... Estamos en plena poesía, ¿no es eso?... Lancémonos. Para dar á tan preciosa aventura el esplendor que merece, empezaremos—supongo—en plena fiesta, en pleno baile, con los acordes de lejana música, á la luz de la luna. ¿Hay luna esta noche?...

LORD ¡Sería ideal!

BLAN. (Resuelta.) Dentro de media hora al pie de la terraza. (Le tiende la mano. Lord, la toma y se la besa. Después saluda y sale por la segunda izquierda.)

ESCENA VIII

BLANCA y BERTA

BERTA (Saliendo del cortinaje.) ¡No! ¡Blanca! ¡Por Dios!... ¿Qué vas á hacer?...

BLAN. (Fríamente.) ¿Estás tranquila?

BERTA No; no es posible, no es verdad.

BLAN. ¿Lo has oído?...

BERTA ¡Te lo ruego de rodillas!...

BLAN. Es inútil; estoy decidida.

BERTA ¡Esto es horrible!... Cuando pienso que tal vez, con mis ridículos celos...

BLAN. No tengas remordimientos. Mi resolución es anterior.

BERTA ¡Desgraciada!... ¡Es la deshonra, la traición, el crimen!... ¿Crees que puedo dejarte cumplir tan odioso proyecto?... Lo evitaré á toda costa, y si resistieses á mis cariño, á mis ruegos, á mis lágrimas... hablaré al General, se lo diré todo...

BLAN. Me mataría... pero si quieres, díselo. Ahí le tienes. (El General ha salido por la segunda izquierda.)

ESCENA IX

DICHAS y EL GENERAL

GEN. Cierto; eso ahorra la mitad del camino.

BERTA (¡Dios mío!...)

GEN. ¿Quieres marcharte?... (A Berta.) ¿Y para eso cuentas con mi apoyo?... De ningún modo. Blanca tiene razón.

BERTA Si es que...

GEN. Nada de pretextos de salud. Ven. Ahora mismo vas á bailar con un médico, amigo mío, y ese me va á decir si necesitas ó no cambiar de clima. Es una eminencia que no se engaña nunca y que nunca miente.

BERTA Vamos, tío...

GEN. (Yo que venía á esta sala á descansar un ratito...)

BERTA (Al ir á tomar el brazo del General, le dice aparte á Blanca.) ¡Por Dios, Blanca!... (Mutis el General y Berta segunda izquierda.)

ESCENA X

BLANCA, sola. Después ULRICO y luego EL GENERAL

BLAN. (Con acento de profunda desesperación y dejándose caer en el sofá, derecha, después del mutis de los anteriores.) ¡Adiós!... ¡Adiós cuanto yo he amado!... ¡Qué desgracia!... (Llora en silencio. Breve pausa. Ulrico, por la segunda izquierda, entra y se acerca misteriosamente á Blanca.)

ULR. ¿Está usted sola?... (Viendo que no hay nadie.)

BLAN. Sí. (Sin mirarle.)

ULR. ¿Y triste? (Viéndola llorar.)

BLAN. Sí. (Sin mirarle.)

ULR. ¿Toco una balada?... (Con dulce voz.)

BLAN. Bien. (Ulrico va al piano y comienza á tocar una balada, pianísimo. Unos instantes después, Blanca, que no le oye, se levanta.) ¡Vamos!... ¡Cuanto antes mejor!... (Sale enjugándose el llanto por la pri-

mera derecha. El General entrá, como paseando, por la segunda izquierda, y viene á sentarse precisamente en el mismo sitio que poco antes ocupaba Blanca. Ulrico no se entera del juego escénico y sigue tocando entusiasmado.)

GEN. Esta música provoca el sueño. (Acomodándose á gusto en el sofá.) Y yo que estoy fatigado... (Cierra los ojos y queda inmóvil como quien desea conciliar el sueño.—Ulrico sigue tocando.—A poco vuelve la cabeza lentamente para lanzar una mirada á Blanca, suponiendo que continúa en el sofá.—Al ver al General, interrumpe la balada y quedando sorprendido con la boca abierta.—Cierra de golpe el piano y sale precipitamente por la puerta de cristales del foro. El General, se levanta sobresaltado al ruido, ve marchar á Ulrico y dice:) ¡Majadero!.. (Hace mutis por la primera izquierda.—Pequeña pausa.—Enrique y Berta, entran juntos por la segunda izquierda.)

ESCENA XI

ENRIQUE y BERTA

ENR. ¿Qué tienes? ¿Qué sucede?

BERTA (Sollozando.) ¡Estoy loca, desesperada!... ¡Se va con él!...

ENR. ¿Qué dices?...

BERTA Blanca huye de esta casa.

ENR. ¡Blanca!...

BERTA ¡Sí! Sorprendió mis celos y para probarme su falta de fundamento, mi locura, me ha hecho presenciar, aquí mismo, su entrevista con ese aborrecido Milord... Lo he oído todo... Huirán juntos esta misma noche. Acaso sea ya tarde. (Se acerca á la primera derecha y mira.) ¡No!... (Tranquilizándose.) ¡Ahí está!

ENR. ¿Huye con Lord Astley?...

BERTA Sí .. se aman hace tiempo. El la ha asediado y, por fin, Blanca, ha cedido...

ENR. ¿Dónde la espera?...

BERTA Al pié de la terraza.

ENR. Iré yo... (Dirigiéndose al foro.)

BERTA (Deteniéndole.) ¡Enrique!... ¿Qué vas á hacer?

ENR. Iba á impedirlo... pero tienes razón... ¿Acaso tengo derecho para evitar esta catástrofe?...

BERTA ¡Oh! Infortunada Blanca... ¿Y si fuese por culpa nuestra... por tu dureza... por mis celos?...

ENR. ¡Pero si le ama!...

BERTA De todos modos... No podemos, no debemos abandonarla... ¡Está sola en el mundo!... ¡Si tú la hablases!...

ENR. ¿Yo?...

BERTA Hace poco imploraba tu auxilio pidiéndote consejo. Además, la defensa del honor de la familia te pertenece por derecho propio. Ni yo, por débil mujer, ni mi tío, porque la mataría si lo supiese, podemos intervenir.

ENR. (Vacilando.) Es cierto, pero...

BERTA ¡Oh! Yo te lo ruego, ¡Enrique mío! no vaciles; por mí, ¡hazlo por mí siquiera!

ENR. Bien... Sí... Déjanos... Vete.

BERTA ¡Gracias! (Mutis primera derecha.)

ESCENA XII

ENRIQUE á poco BLANCA

ENR. ¡Acaso sería mejor buscar á ese hombre!... Pero, ¿á título de qué?... ¿Y si todo esto fuese una nueva comedia... una nueva farsa... de esa extraña mujer?... (Se dirige á la terraza, levanta las cortinas que casi le ocultan y mira.) ¡Nadie se ve!... (Sale Blanca sigilosa sin ver á Enrique. Se dirige á las laterales izquierdas, observando sin acercarse del todo y temiendo ser expiada. Vacila.—Oyese música dentro.—Se pasa la mano por la frente como queriendo alejar de sí terribles pensamientos.—De pronto y resuelta, se dirigo á la puerta del foro para salir.—En este momento vuelve Enrique, se encuentran frente á frente; Blanca sorprendida, lanza un débil grito y retrocede.)

ENR. (Imperioso.) ¿A dónde va usted?

BLAN. (Después de algunos segundos de angustia.) ¡A perderme y á merecer su desprecio!

ENR. ¿Será usted más feliz entonces?

BLAN. No lo sé. Ignoro los sufrimientos que me esperan, pero conozco los que padezco, superiores á mis fuerzas... Por eso huyo.

ENR. ¡Desgraciada criatura!... Si no tiene usted piedad de sí misma... ¿de quién ha de tenerla?... Tenga lástima, al menos, de ese pobre viejo, tan leal y tan noble, que la quiere á usted como un padre; téngala usted de quien me envía, de la que usted llama hermana y cuyo corazón desgarra dolorosamente.

BLAN. (Con amargura.) ¡Viene usted de parte de Berta!...

ENR. ¿Cómo hubiera yo osado, en nombre mío, usurpar este papel de esposo... ó de amante?... Y sin embargo... tenga usted compasión...

BLAN. ¿De quién, de usted?

ENR. Sí, de mí... Por extraño, por inverosimil que usted lo juzgue, llego á creer que mi conducta y mi lenguaje han tenido parte en su desesperada resolución. Ha creído usted ofensivas mis palabras, las retiro; fuí injusto, lo reconozco. Ante tales dolores, líbreme el cielo de ser implacable... Cuente usted conmigo, con mi estimación, con mi apoyo ..

BLAN. (Con desdén resuelta,) Gracias. Ese apoyo llega tarde. Amo, soy amada, me esperan... y allá voy.

ENR. (Deteniéndola.) ¡Señora!... respete usted esta casa, no puede usted deshonrarla... Su marido está ausente. Su padre debe ignorar esta vergñenza... Aquí, pues, soy el amo... y y le juro á usted que ni usted pasará adelante... ni cruzará nadie ese dintel!...

BLAN. ¡Miserable!... ¿Y por qué?...

ENR. (Con voz sorda y colérica.) ¡Porque no quiero, porque lo prohibo, porque antes... (Cogiéndola con fuerza por un brazo.) ¡Te mato!

BLAN. (Como iluminada por súbita resolución, radiante de alegría y apoyándose sobre un mueble.) ¡Ah! ¡Tú me amas!...

ENR. (Después de un momento de angustia se acerca á Blanca lentamente y le dice con voz baja y apasionada:)

¡Sí! ¡No te vayas!... ¡Te lo ruego!... (Cogiéndola por la cintura.)

BLAN. ¡No!... ¡Quisiera morir!.. (Abandonándose entre los brazos de Enrique. Breve pausa.)

ENR. Alguien llega.

BLAN. (Interponiéndose.) ¡Lord Astley!...

ENR. ¡No!... ¡Berta!...

BLAN. ¡Dios mío!... ¿Habrá oído?

ENR. No lo sé... Vete... Vete. (Mutis Blanca, primera derecha emocionada.)

ESCENA XIII

BERTA y ENRIQUE. Berta entra con paso rápido, trastornada.

ENR. (Fríamente. Después de una pausa.) ¿Has oido?...

BERTA (Con notoria turbación.) No .. ¿El qué?...

ENR. ¿Estabas ahí?...

BERTA No... en el salón... Impaciente ya, sin poder dominar el deseo... he oído gritos, temí por tu vida... ese hombre podía haber vuelto... y he venido...

ENR. ¡Tranquilízate!...

BERTA ¿Y Blanca?... ¿Se queda?...

ENR. Sí.

BERTA ¡Dios sea loado!... ¡Qué noche, Dios mío!... ¡Qué noche!... (Vacilando acongojada.)

ENR. ¿Estás mala?... (Toca un timbre que habrá sobre el velador.)

BERTA ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Oh!... (Cae desmayada en el confidente. Enrique corre á socorrerla.)

ACTO TERCERO

Gabinete de lujo en casa de Berta. En lateral izquierda, puerta practicable. En la derecha puerta en segundo término y ventana en primero. En la izquierda, marquesina. Centro, velador grande. Derecha primer término, al lado de la pared, mueble secreter antiguo ó elegante «bureau.»

ESCENA PRIMERA

BERTA, sentada al lado del secreter, leyendo el paquete de cartas del primer acto. Al levantarse el telón, breve pausa. UN CRIADO. A poco, LORD ASTLEY

CRIADO (Aparece sin adelantar en la segunda derecha.) ¡Con permiso!

BERTA ¡Adelante!... (Sin volver la vista.)

CRIADO Lord Astley, desea saludar á la señora.

BERTA (Idem.) Que pase. (Mutis del Criado. Berta recoge las cartas y las guarda en el secreter. Se levanta. Entra Lord Astley, que saluda ceremoniosamente.)

LORD No creí tener la suerte de encontrar á usted, señora. (Berta le ofrece un sillón y ambos se sientan próximos.) Al venir he visto una cabalgata por el campo, de la cual, supuse formaba usted parte.

BERTA Mi marido, el general y Blanca. ¿No es eso?

LORD Justo. Y me felicito doblemente puesto que venía á despedirme.

BERTA ¿A despedirse?

LORD Sí, señora. Me voy mañana.

BERTA ¿Por mucho tiempo?

LORD — Para siempre. Vuelvo á Escocia. Hago allí gran falta.

BERTA — Lo siento, Milord, de todas veras. Nos abandona usted en el momento que comenzábamos á apreciarle.

LORD — (Sonriendo.) Ha tardado usted bastante, señora.

BERTA — No tengo costumbre de otorgar mi confianza con ligereza, pero usted se la ha ganado, y al perderle, no solo perdemos un vecino, sino un buen amigo.

LORD — ¿Puedo aceptar en serio ese título?

BERTA — Sin duda.

LORD — Lo pregunto porque solo un verdadero amigo tendría derecho para hablarla como yo quisiera.

BERTA — ¡Milord!...

LORD — Dictan mis palabras el mayor interés y el más profundo respeto. ¿Me permite usted que hable?...

BERTA — Mejor que yo, sabe usted lo que puede decirme y lo que yo puedo oirle.

LORD — En efecto. Pero si me atreviera á usar de mayor libertad que las rutinarias conveniencias sociales me consienten, sería preciso perdonarme... La discreción y la delicadeza me parecen deberes secundarios, cuando se trata del reposo, de la vida tal vez, de una mujer como usted. (Pausa breve. Berta le contempla fijamente, invitándole á continuar hablando con la acción. Lord se inclina ligeramente y prosigue. Durante la escena, Berta escucha con dignidad triste, respondiendo con su actitud, con su fisonomía y con sus miradas.) Hace algunas semanas, en una noche de fiesta, cruel para nosotros dos, me hallaba yo á algunos pasos de distancia de donde usted se encontraba, cuando Blanca y Enrique estaban juntos... En aquel momento de terrible revelación para usted y para mí... iba yo... á interrumpirlos. Entonces ví á usted pálida y vacilante, avanzar como un fantasma sin saber qué hacer ni qué decir... La razón y el valor dominaron su turbación... pero le abandonaron las

fuerzas y perdió usted el conocimiento. ¡Juro á usted que en aquel instante salvó mi vida, ó la de su marido!... Desde entonces, señora, la he consagrado en el secreto de mi corazón mi estimación profunda, mi respeto absoluto, que quisiera probarla con supremos consejos, delicados, muy íntimos sin duda, pero que usted tendrá la bondad de aceptar como el testamento de un amigo á quien ya no volverá usted á ver. (Pausa.) Sufre usted una prueba tremenda con un valor y una dignidad admirables. Sin una lágrima, sin un gesto de sospecha ó de frialdad, soporta usted su martirio. Esto, no solo está bien, sino que es hábil. En la vida y en la guerra, el valor no es solo el partido más honroso sino el más seguro... Persista usted en su entereza... Tenga usted fe en el porvenir... que aun le pertenece. Pero, deme usted alientos para llenar el penoso deber que me he impuesto. Dígame que no puedo ser sospechoso de venganza contra una mujer calumniándola. ¿No es así? Pues bien, puede llegar un momento en que el peligro amenace, no sólo el reposo, la dignidad y el hogar que ama usted tanto, sino algo más... ¡Ah!... conozco lo que aun hay de noble y generoso en el corazón de esa extraña criatura, pero también sé... ¡cuanto hay de temible!... Las mujeres de su clase, sépalo usted bien, son astros escapados de su órbita, exentos de toda ley. Hoy llegan al heroismo... mañana al crimen. Si algún día quedase viuda... ¡guárdese usted de ella!... ¡Adiós, señora!... (Medio mutis.) ¿Me perdona usted?... (Volviendo al lado de Berta. Esta le extiende la mano. Lord Astley la toma respetuosamente, la besa, y después de una profunda reverencia se dirige hacia la segunda derecha.)

ESCENA II

DICHOS y EL GENERAL

GEN. (Entrando por la segunda derecha, y encontrando á Lord Astley de frente.) ¿No se irá usted porque yo vengo?

LORD No señor. (Mutis.)

GEN. (A Berta.) ¿No has podido retener á tan excelente amigo?

BERTA No, por desgracia.

GEN. (Viendo que ya ha salido Lord.) Entre nosotros, me alegro de que se vaya.

BERTA ¿Por qué?...

GEN. Por Blanca. Te confieso que sus asiduidades empezaban á inquietarme, y eso que de pocos días á esta parte observo, con satisfacción, que Blanca ha variado mucho, y te doy las gracias con toda mi alma.

BERTA ¿A mí?...

GEN. ¿A quién, sino á tus consejos, á tu benéfica influencia, podría atribuirse el cambio de sus costumbres, el olvido de sus malos hábitos?... Antes era un torbellino vivo, ahora comparte tranquila su tiempo entre su familia y algunos amigos... Gracias otra vez, querida niña... Blanca tiene buen fondo, lo sé... Sé también que mi hijo (Dolorosamente.) tiene la culpa de todo... y por eso, conteniendo las violencias de mi carácter, he dejado á Blanca toda su libertad, limitándome á decirle... «Ten cuidado, hija mía... Estamos solos en el mundo... En mí hallarás siempre un padre cariñoso... Haz lo que quieras, pero líbrate bien de tocar al honor de mi nombre, porque yo solo quedo para guardarle inmaculado... ¡y sería implacable!...» (Pausa.) A Dios gracias no he tenido aun que arrepentirme de mis bondades.

BERTA No... (Pausa.) ¿Y mi marido?

GEN. Detrás de mi venía con tu prima. (Mirando por la ventana.) Ahí los tienes. (Pausa.)

ESCENA III

DICHOS, BLANCA y ENRIQUE. Blanca en traje de amazona con gran velo blanco en el sombrero, entra primero.

GEN. ¿Habéis corrido bien, eh?...

BLAN. Muy bien. (A Berta.) Hemos visto á tu hijo... Está muy guapo... Hecho un hombre... ¿Me lo enviarás mañana á comer conmigo?

BERTA ¡No, déjamele!

BLAN. ¿Tienes miedo que te le quite?

BERTA (Con triste sonrisa.) Puede... ¿Y ustedes se quedan á comer?

GEN. Imposible; tengo convidados en casa... Venid vosotros. (Entra Enrique por la segunda derecha.)

BERTA Otro día iremos... ¿Verdad, Enrique?

ENR. ¿De qué se trata?

BLAN. De nada... No podemos comer juntos, pero me quedo á merendar... Estoy muerta de hambre...

BERTA (Acercándose á la primera izquierda para dar órdenes.) Al momento.

ENR. (Rápidamente á Blanca, y aparte.) ¡Han desaparecido tus cartas!

BLAN. ¿Berta?...

ENR. No sé... lo temo... Y entonces... ¡estamos perdidos!...

BLAN. Tú no... Yo sí. Llévate al General. Déjame sola con ella...

ENR. ¿Para qué? ¿Qué intentas?

BLAN. Déjame... No lo sé aún...

ENR. (Al General que está mirando por el balcón.) ¡Mi General!... Antes que anochezca... ¿quiere usted ver las obras del jardín?

GEN. Eso estaba mirando.

ENR. Verá usted; estoy instalando la luz eléctrica. (Berta vuelve.)

GEN. Vamos. (A Blanca.) No te entretengas mucho, que vendré en seguida á recogerte. Hasta luego, Berta. (Mutis Enrique y el General por la segunda derecha.)

ESCENA IV

BLANCA BERTA y un CRIADO. Blanca observa á Berta, que prepara sobre una mesa, al lado del sofá, servicio de té y «lunch» que entró el Criado. Éste hace mutis. Blanca, impaciente, tose ligeramente y se acerca á la mesa poco á poco. Toda esta escena detallada y pausadamente hasta el final que será rapidísimo.

BERTA ¿Toses?... ¿Quieres que cierre la ventana?... (Cerrándola.)

BLAN. Mejor será... Estoy acalorada y ya hace fresco... (Las dos se hallan á ambos lados de la mesa.) ¿Has visto á Lord Astley?...

BERTA Sí... ha venido á despedirse.

BLAN. ¿Te ha hablado de mí?...

BERTA Sí y no... algunas frases de cortesía...

BLAN. ¿Poco amables... sin duda?...

BERTA Indiferentes...

BLAN. Tanto mejor... Pero me sorprende, porque le he ofendido mortalmente... en su orgullo al menos... y temo su venganza.

BERTA ¿Y qué podías temer?...

BLAN. ¡Qué se yo!... ¿De veras no te ha dicho nada contra mí?

BERTA ¿Prefieres el té muy cargado?...

BLAN. ¿No me contestas... porque no quieres mentir?

BERTA (Sonriendo.) Mentiría también como cualquier otra si fuese preciso... te lo aseguro... todo se aprende... pero no... no me ha dicho nada...

BLAN. (Conteniéndose después de una breve pausa.) ¿Entonces... habrá sido mi suegro?...

BERTA ¿El General?...

BLAN. (Con sonrisa forzada.) Estábais hablando cuando yo he llegado... y acaso esa conversación tiene la culpa de tu brusquedad.. de lo seco de tus palabras...

BERTA ¿Yo?...

BLAN. Júrame que no tienes ningún rencor contra mí, dímelo así... cara á cara...

BERTA (Levantándose de repente y estallando.) ¡Ah!...

¿Quieres saber si tengo tus cartas?... ¿Es eso?... Pues sí. (Blanca se levanta bruscamente mirándola con ferocidad. Berta sostiene la mirada, se dirige rápidamente al secreter y abre el cajón donde guardó las cartas.) ¡Aquí están!...

BLAN. (Después de un momento de vacilación, sombría y amenazadora.) Bien... ¿Y qué piensas hacer?...

BERTA (Cerrando el cajón.) Perderte, si me obligas. Oye, Blanca, hasta hace muy pocas horas no he tenido en mi poder esas cartas, y bien sabe Dios, que, al cogerlas, no pensé ni un momento en utilizarlas contra tí... Nada nuevo me han revelado... Desde el primer momento lo sabía todo... No buscaba pruebas... buscaba... ¡qué se yo!... consuelo para mis dolores inagotables... Pensaba volver á colocar esas cartas en donde las he encontrado... y continuar sufriendo, mi triste vida... pero ahora comprenderás que eso es imposible... He podido callar y gemir á solas, mientras vosotros ignorabais mi suplicio... pero desde el momento en que sabéis que todo lo sé, mi situación no es horrible, sino vergonzosa, degradante... Acepto el martirio... El oprobio... ¡nunca!... Es preciso que te vayas.

BLAN. (Con fría desesperación.) ¿Y á dónde?

BERTA Dondequieras... Peropronto, mañanamismo.

BLAN. ¿Y cómo justifico esa separación tan brusca? ¿Qué le digo á mi suegro?... ¿Qué pretexto invoco?...

BERTA ¿Pretexto? Búscalo... nunca te han faltado.

BLAN. (Irritándose) Pero... si me voy... ¿estás segura de que me iré sola?

BERTA Si alguien te acompaña, no será mayor mi desgracia; será mas digna.

BLAN. ¿Y si no quiero irme?

BERTA Si no te marchas, antes de diez minutos, tendrá mi tío tus cartas... ¡Ah!... No sufrirás nunca todo lo que me has hecho padecer... No cuentes jamás con mi piedad.

BLAN. ¡Tu piedad!... No la quiero. ¿No piensas que al perderme... al entregar mi vida, arriesgas otra que te es muy cara?...

BERTA. (Con exaltación creciente.) ¡Me vuelvo loca y quieres que razone!... Además, esas cartas solo á tí comprometen...

BLAN. Entregadas por tí denuncian á mi cómplice...

BERTA Son de tal clase que le justificarían...

BLAN. Haz lo que quieras... (Colérica.) Me quedo.

BERTA Eso es imposible... Quiero acabar de una vez... Estoy resuelta... Lo prefiero todo, todo, ¿entiendes bien?... á esta vida vergonzosa y humillante.

BLAN. No me iré. (Berta va resuelta al cajón y coge las cartas.—Blanca, llena un vaso de agua, de los que hay sobre la mesa, hasta la mitad, y lo deja al borde de la misma, mientras contempla su sortija que hace girar febrilmente.)

BERTA (Señalando á la ventana ó balcón.) ¡Ahí están!.. Te juro que llamo al General.

BLAN. (Inmóvil.) ¡Llama!

BERTA Tú lo has querido. (Corre hacia el balcón; va á llamar pero vacila y retrocede súbita. En tanto Blanca, abre la sortija y sacude el contenido en el vaso.) ¡No!... ¡Sería infame!... No puedo... no puedo... Ten... toma tus cartas. (Arrojándolas á los piés de Blanca.) ¡Vive feliz!... (Muy emocionada.) Al menos... moriré tranquila. (Desfallece; viene á apoyarse en el canapé, comprimiéndose el pecho con ambas manos.) ¡Oh!... ¡Dios mío!... ¡Me ahogo!... ¡Agua, agua!... (Blanca, lanza una mirada terrible sobre el vase y en torno de ella. Después sobre Berta y coge el vaso. Vacila. Súbitamente, rechazando con un gesto de horror sus pensamientos acude en socorro de Berta.)

BLAN. ¡Déjame abrazarte!... ¡Te lo suplico!... ¡No temas!... (Bebe de una vez el vaso de agua.) ¡Ya eres libre...!

BERTA ¿Qué?... ¿Qué dices?... ¿Qué tienes?... (Viendo el desfallecimiento de Blanca y levantándose. Blanca le muestra la sortija.) ¡Desgraciada!... (Llena de espanto.) ¿Qué has hecho?... ¡Enrique!... (Llamando á voces.) ¡Enrique!... ¡Socorro!...

BLAN. (Cae desfallecida en el sofá izquierda.) No llames... es inútil... Pronto... Berta... perdóname...

BERTA (Llorando.) Sí, Blanca... sí... Te perdono...

BLAN. (Con voz muy débil.) Olvida...

BERTA (Con espanto.) ¡Socorro!...

BLAN. Gracias... Olvida... ¡Perdón!...

BERTA Lo juro... ¡Enrique!... ¡Enrique!... ¡Blanca se muere!... (Blanca, desfallece por completo; extiende la mano á Berta, convulsivamente. Berta, intentando adivinar sus deseos.) ¿Qué quieres?... ¡Habla, por Dios!...

BLAN. Mi velo... tápame... (Intenta ponerse en pie y cae.)

BERTA ¡Ah!... Sí. (Corre al sitio que ocupa el sombrero de Blanca; en el momento que vuelve con el velo hacia ella, esta muere. Berta lanza un grito de suprema angustia y retrocede horrorizada. Después se acerca acongojada; besa piadosamente la frente de Blanca y extiende el velo sobre su cara, cumpliendo el deseo de coquetería póstuma de Blanca; cae de rodillas sollozando al lado de Blanca. En este instante Enrique y el General aparecen en la segunda derecha quedando inmóviles, llenos de horror, ante el grupo.)

FIN DEL DRAMA

Los ejemplares de esta obra se ha
de venta únicamente en el Despacho C
tral, Arenal, 20.

Precio: DOS pesetas